

統

HONG KONG

INFIERNO

Y

PARAISO



El abandono de la educación en Hong Kong, produce un crecido número de analfabetos. Consecuencia de ello es que existen todavía los típicos escribientes callejeros que redactan cartas por un precio estipulado.

ENTRE 1945 y 1961, Hong-Kong multiplicó por cinco su población. Millares de personas llegaron de China: muchas asustadas ante lo incierto o por incapacidad de resistir las duras condiciones de vida en los primeros años de la revolución, que volvieron luego a su nación cuando las circunstancias se estabilizaron; pero otras quedaron en Hong-Kong y no volvieron jamás a China. Los primeros no entraron en Hong-Kong con mucho dinero y acaso salieron de él con menos: los segundos, cargados con su último botín de urgencia, colocaron capital en alguno de los ochenta y seis Bancos de la colonia o lo metieron en las industrias de transformación que pertenecen a medias a capitalistas chinos exiliados y compañías anglo-americanas.

El nivel económico de la colonia subió con la llegada de los refugiados; pero a la vez empeoró aún más el problema de la vivienda, que siempre fue allí dramático. Según datos de la ONU, en 1961 lo normal era que en todo tiempo durmieran en las **SIGUE**



En el activo puerto de Hong-Kong hay una extensa ciudad-sampán con centenares de barcos que sobreviven en el agua matulenta y sucia, llena de detritus y basura de la ciudad.



calles unas veinte mil personas, cincuenta y seis mil en los tejados, casi treinta mil en las terrazas y buhardillas y alrededor de seiscientos cincuenta mil en casuchas de lata o en cuevas insalubres. Y no es esto todo. Lo que en Hong-Kong se llama una casa tiene, en ocasiones, poco que ver con el concepto que tenemos de ello. Son casas de madera, de muy poca anchura —unos tres metros o menos, porque el pino chino, que les sirve de base para los pisos, no da para más— y doce metros de fondo. Los edificios de madera van apoyados unos sobre otros y en ellos viven un número increíble de familias: con frecuencia una por habitación. Los bajos y pisos más exteriores están dedicados a comercio.

Junto a las casas de madera y a las barriadas de chabolas, cuevas y sampanes, se desarrollan los rascacielos en una fiebre constructora sin igual. El dinero corre y los negocios se multiplican, la gente quiere hacer riqueza por cualquier medio, siempre que éste sea suficientemente rápido. Los presupuestos de Hong-Kong suben y las autoridades de la colonia dedican la mayor parte de ellos al desarrollo industrial y a la creación de más puestos de trabajo, para paliar el desempleo abundante. Porque el crecimiento demográfico es grande: un 2,8 por ciento anual, sólo superado en el mundo por Brasil. La colonia, que tenía alrededor del millón y medio de habitantes en 1941, tiene hoy más de tres millones y medio, chinos casi en su totalidad, aunque existe también una heterogénea colonia extranjera, sobre todo de británicos y portugueses.

Lo variado de la población se refleja en los periódicos: hay más de cuarenta diarios, con casi ochocientos mil ejemplares de tirada. El aeropuerto de Kai Tak, recibía ya en 1964 a un millón de pasajeros. Por la reducida extensión de la colonia —1.013 kilómetros cuadrados— circulaban en 1963 más de sesenta y tres mil vehículos, y un año después su activo puerto registraba un movimiento de diez mil juncos de pesca y más de mil quinientos barcos extranjeros.

A Hong-Kong la llaman algunos «último puesto avanzado de Occidente», y la colonia inglesa recibe el nombre de «Ciudad Libre», una especie de «paraíso». Lo de libre —se asegura— hay que referirlo solamente al hecho de que está exenta de impuestos. Y lo de «paraíso» únicamente es válido cuando se trata de turistas millonarios, de norteamericanos con dólares que pueden comprar allí de todo: oro traído subrepticamente de China, cámaras fotográficas, estupefacientes, etcétera. O divertirse en los «barrios alegres», centros de prostitución nutridos de la pobreza y desempleo.

Toda la historia moderna de Hong-Kong está ligada íntimamente a las necesidades del comercio de los países colonialistas. Hasta mediados del siglo XIX era administrativamente un trozo más de China, pero los ingleses, que habían puesto ya sus

SIGUE

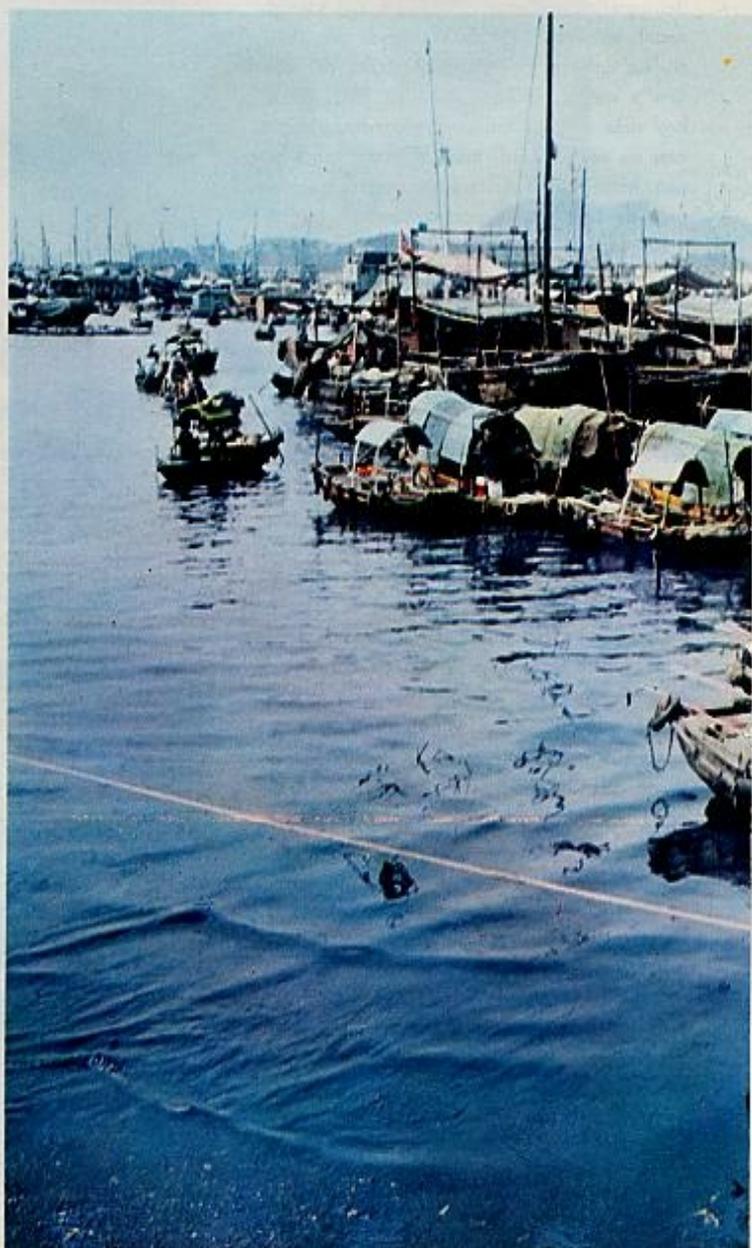
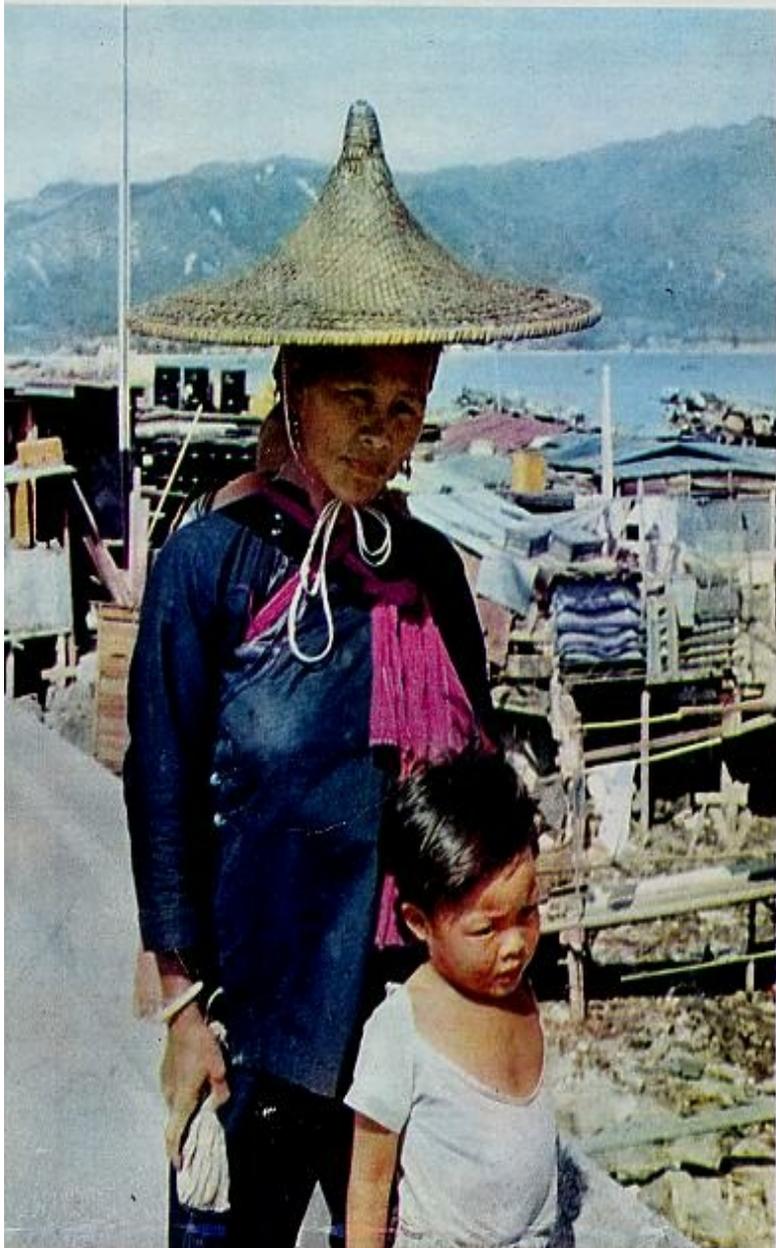


La sociedad de Hong-Kong es casi proverbial, como vemos en la página anterior. Arriba, foto superior, un moderno campo de deportes. En la foto inferior, una exposición de fotografías de China. En el centro, un grupo de obreros parados. En Hong-Kong existe un desempleo que da mano de obra barata y abundante.





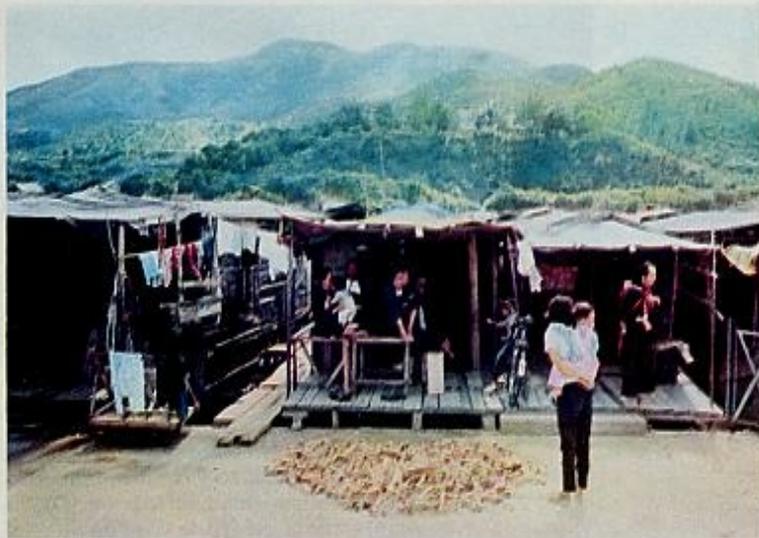
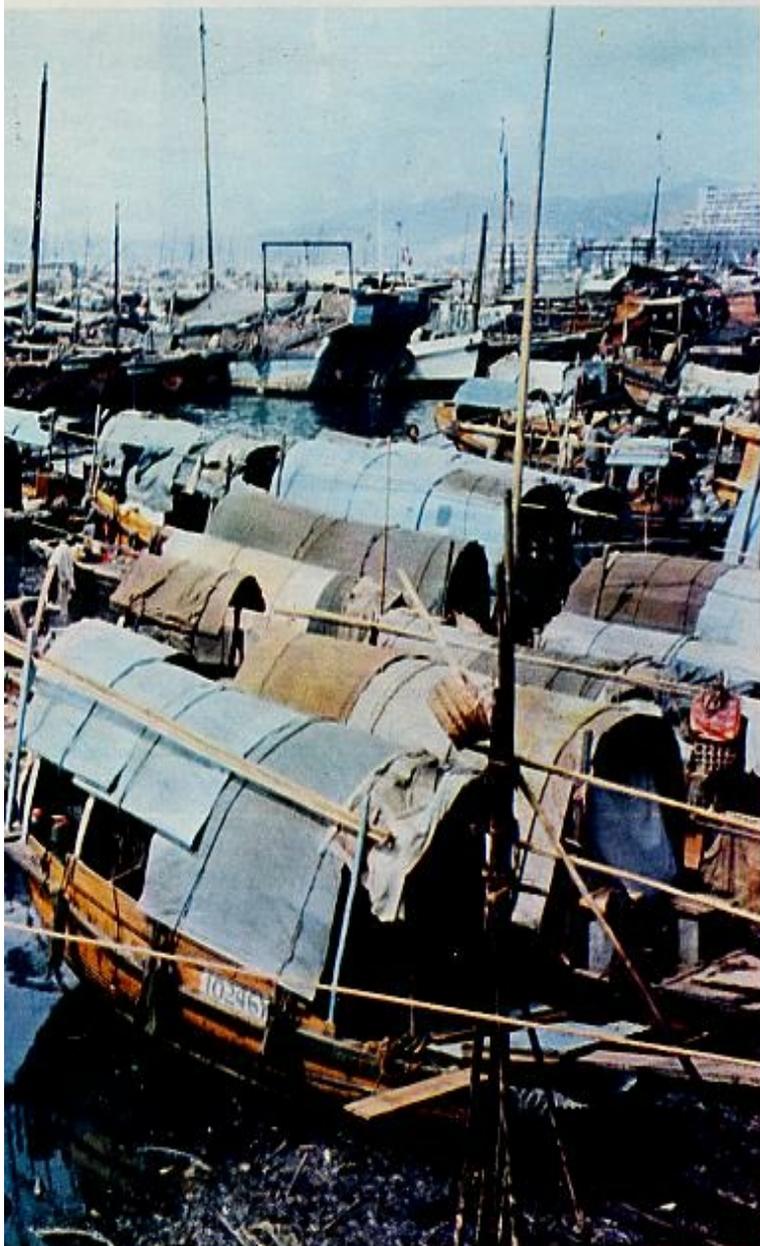
Las casuchas de madera de pino coexisten en la colonia con los nuevos rascacielos. Hay actualmente una fiebre de construcción y de negocios especulativos y fáciles.



HONG KONG

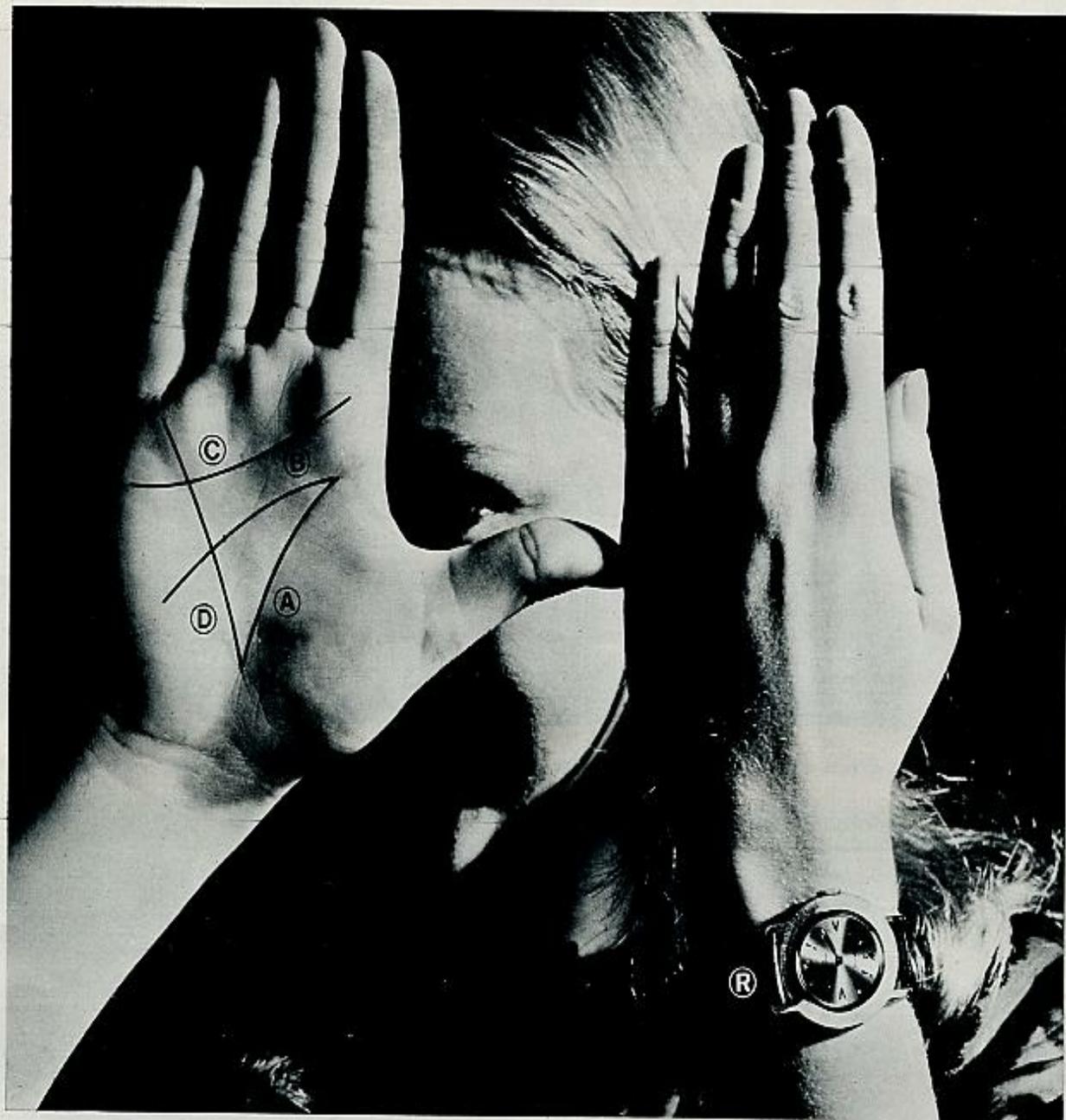


A pesar de la promiscuidad, la falta de espacio, la insalubridad y las duras condiciones de la ciudad-sampán, la higiene es aún menor en las casas de pino y latón.



Las bidonvilles de Hong-Kong ganan en suciedad a los suburbios de cualquier ciudad. La densidad media es de casi cuatro mil habitantes por kilómetro cuadrado.





La personalidad se reconoce en las líneas de la mano

Quien es dueño de una personalidad fuerte, particular, segura de sí misma, lo lleva escrito en las líneas de su mano. En la línea (A) demuestra Vitalidad y Naturalidad; en la línea (B) Mentalidad propia y racional; en la línea (C) Idealismo y Profundidad de sentimientos; en la línea (D) Habilidad intelectual y física... Y mucho más visiblemente en (R) la línea de su reloj suizo RADIANT Superflat, extra-plano, que demuestra categóricamente la sobria y auténtica elegancia de una definida personalidad.



RADIANT
Superflat

**para una
auténtica
personalidad.**

RADIANT, la moda en la hora.

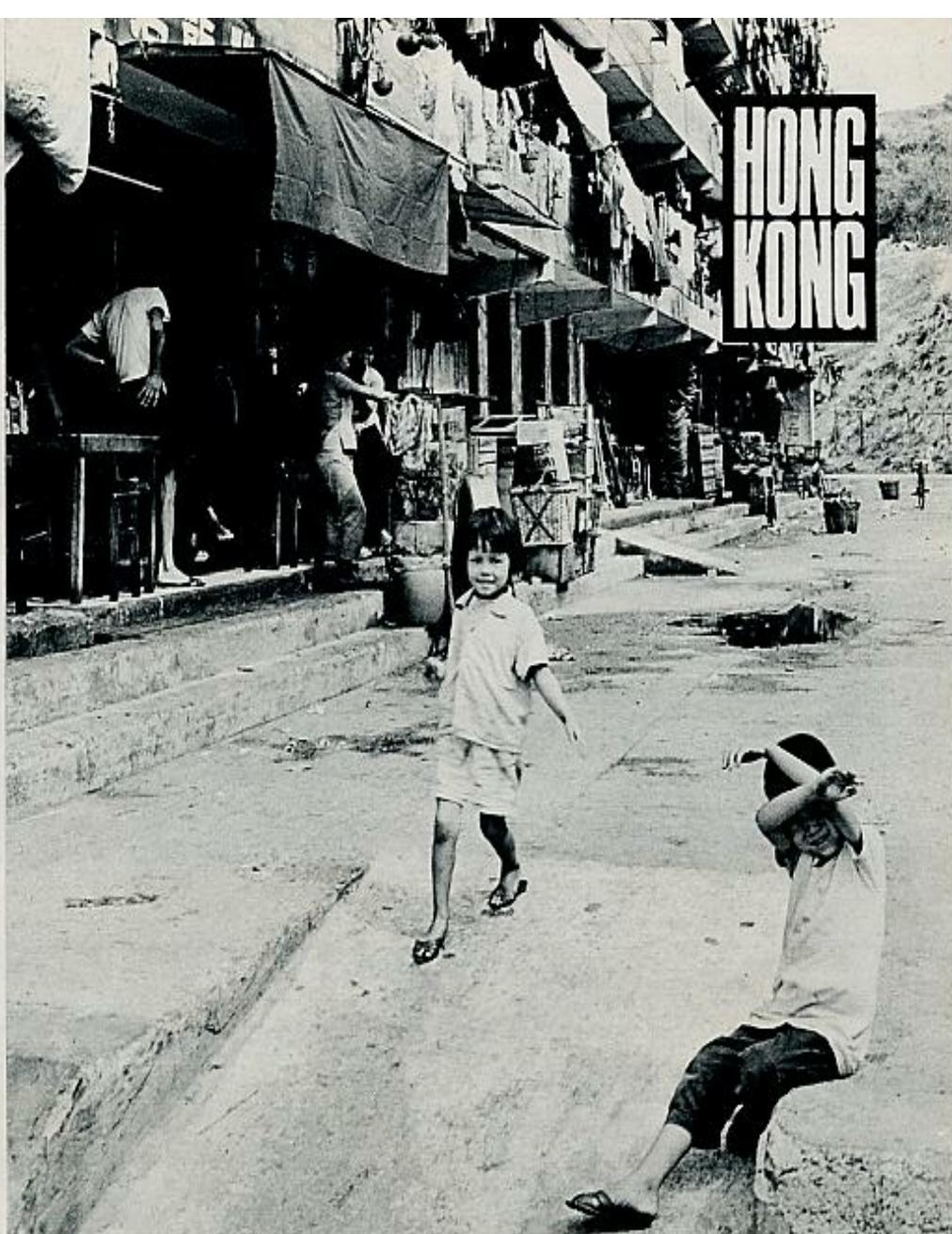
ojos en este magnífico puerto, encontraron pronto un pretexto para apoderarse de él. A pesar de que el comercio del opio estaba prohibido, las potencias coloniales lo hacían casi descaradamente. En 1839, China confiscó un importante cargamento de los ingleses —que lo introducían en el continente asiático— y estalló la «Guerra del Opio». Gran Bretaña ocupó Hong-Kong y ya no lo dejaría. En varios tratados humillantes hizo reconocer su soberanía sobre la isla y, sucesivamente, sobre la península de Kowloon, los «Nuevos Territorios» y numerosas islas. China estaba inerte ante la presión de los países occidentales, y cuando a principios de siglo trató de oponerse a ella volvió de nuevo la intervención extranjera: los boxers fueron aplastados en 1900 por las columnas del mariscal Waldersee, en una guerra que el cine norteamericano —con su habitual «respeto» a la verdad histórica— se encargó de mostrarnos en «Cincuenta y cinco días en Pekín».

Hong-Kong está hoy más ligado aún al comercio occidental. Sólo que ya la influencia predominante y casi exclusiva ha pasado a ser norteamericana. En 1962 había 964 fábricas textiles, con más de 70.000 obreros —la mano de obra es barata y abundante y por eso la ciudad es un buen punto para establecer industrias, aunque la materia prima es importada—, y casi 300 empresas eran norteamericanas. Ese mismo año, las instituciones económicas y mercantiles de la ciudad tuvieron que dirigir una nota al Gobierno USA quejándose de sus excesivas «medidas proteccionistas», que llevaron la quiebra y la ruina a muchas industrias de la colonia, inundada de mercaderías norteamericanas.

Los intermediarios de este comercio, instalados en las villas y hoteles superlujosos, hacen un fuerte contraste con la miseria de la mayoría de la población de color, hacienda en los sampanes fondeados en el puerto, en los millares de cuevas y chabolas malolientes o con los refugiados chinos pobres recluidos en campos de concentración; o los menos pobres, que tienen que vivir en barracas especiales donde pagan precios exorbitantes de alquiler obligatorio. Lo más probable para los refugiados es que no encuentren trabajo y si lo hallan es de recogedor de basuras o cosas por el estilo. Engañados por las promesas de la propaganda, muchos llegan a Hong-Kong cuando ya no tienen tiempo de arrepentirse.

En una ciudad así, el choque es brutal. La diferencia de nivel de vida entre una minoría de millonarios, traficantes de drogas e intermediarios, por un lado, y la del submundo infrahumano de los trabajadores y los refugiados, por otro, es abismal. La impresionante expansión industrial, la fiebre de construcción, el abundante dinero es, para la mayoría, mucho más inalcanzable e irreal que los paraísos artificiales de las drogas.

(Reportaje gráfico: RADIAL PRESS)



HONG
KONG

Un barrio de tipo medio de la colonia, con viviendas superhabitadas. Como en otros barrios de casas de madera, éstas son estrechas y altas. Abajo, barbería al aire libre, una de las muchas actividades callejeras.

